

A CAUSA DE JESÚS Y DE SU EVANGELIO

INTRODUCCIÓN

La Fraternidad nace de una inquietud que se ha verificado en toda la Iglesia. Su fundación se inscribe en el movimiento de renovación y de cambios de la Iglesia. Esta renovación se gestó hace décadas. Ya en 1920, Romano Guardini decía: “Un gran acontecimiento de un alcance inmenso está produciéndose, la Iglesia conoce un despertar en las almas”¹⁹⁴. Con el tiempo este movimiento de renovación ha ido madurando, en gran parte, gracias a los acontecimientos que se han venido desarrollando en el mundo. El Concilio Vaticano II es como el fruto de esa maduración. La meta del Concilio, según Juan XXIII, es una renovación de la Iglesia que restauraría “los rasgos sencillos y puros que tenía la Iglesia de Jesucristo en su nacimiento”¹⁹⁵. Los obispos, reunidos en Concilio decían: “Buscarnos cómo renovarnos para encontrarnos siempre mas fieles al Evangelio”¹⁹⁶. Por su parte, Pablo VI decía a los Padres del Concilio: “Que no se cierna sobre esta reunión otra luz sino Cristo, luz del mundo; que ninguna otra verdad atraiga nuestros ánimos fuera de las palabras del Señor, único Maestro; que ninguna otra aspiración nos anime sino el deseo de serle absolutamente fieles; que ninguna otra esperanza nos sostenga sino aquella que conforta, mediante su palabra, nuestra angustiosa debilidad”¹⁹⁷.

Al poner a Cristo en el centro, el Concilio quiso indicar que El es la única fuente de renovación y la verdadera respuesta a las inquietudes y problemas de los hombres de hoy, que retornar al Evangelio significa que, allí donde prevalecen Cristo y su mensaje, el mundo puede cambiar fundamentalmente.

I. LA FRATERNIDAD DE LA VIRGEN DE LOS POBRES

Desde entonces la Iglesia ha visto surgir formas nuevas de vida cristiana y una diversidad de fundaciones nuevas de vida religiosa. Son como brotes que surgieron de la inquietud profunda de la Iglesia. La Fraternidad es una de estas fundaciones, un pequeño brote imperceptible en el gran árbol que es la Iglesia. Se fundó en enero de 1956 en Bouricos (Landas), sur de Francia. Nació de una aspiración a una vida monástica más sencilla, más pobre y más evangélica. La realización concreta es debida en gran parte a la influencia de Carlos de Foucauld. Él da a la Fraternidad de la Virgen de los Pobres su sello particular.

El Evangelio en nuestra vida, tal es el tema propuesto. No se puede decir todo. Intentaré describir algunos aspectos más característicos.

A. Regla de Vida

a) La Regla dice lo siguiente: “Has entrado a la Fraternidad de la Virgen de los Pobres para seguir a Cristo. La Regla de tu vida será la vida de Jesús. Tu regla escrita será el Evangelio. Es la Regla de las reglas. Tu regla pondrá así toda tu vida en la luz del Evangelio; ella te enseñará a vivir únicamente para Jesús, por Él, como Él y con Él”¹⁹⁸.

¹⁹⁴ ROMANO GUARDINI, *L'esprit de la liturgie, Introduction*.

¹⁹⁵ XAVIER RYNNE, *La révolution de Jean XXIII*, p. 17.

¹⁹⁶ *Mensaje de los Padres del Concilio a todos los hombres*. BAC.

¹⁹⁷ PABLO VI, *Discurso* del 29 de setiembre de 1963.

¹⁹⁸ *Au coeur même de l'Eglise. Une recherche monastique*, p. 24.

Esto no es ninguna novedad. San Pablo ya había dicho: “Tened como regla a Cristo, como se os enseñó” (Col 2,6).

Después del Apóstol muchos otros hablaron de la misma manera. “No reprocho a los franciscanos seguir su regla, ni a los benedictinos seguir la suya, sino el hecho de que algunos de ellos la anteponen al Evangelio.

Por mi parte, preferiría que todos los religiosos estimaran tanto el Evangelio que no sintiesen ninguna necesidad de completarlo con la regla de Benito o la de Francisco; y estoy seguro de que Benito y Francisco ellos mismos formularían el mismo deseo” (Erasmus)¹⁹⁹.

“Santo Domingo, san Benito, y san Agustín en sus reglas, ¿hacen otra cosa que orientarnos hacia Cristo? Ellos nos indican por donde tenemos que seguir a Cristo, ellos no se ofrecen como guía. Hay un sólo Guía, para ellos y para nosotros.

Que la regla de nuestra vida sea la vida de Cristo, que nuestra regla escrita sea el Evangelio; tengámoslo siempre presente y tratemos de no apartarnos nunca de las reglas de Cristo.

Aquí está la verdadera vida religiosa, aquí está la norma de toda perfección. Cristo es la fuente de agua viva y todos los santos no son más que arroyos. Vayamos a beber a la fuente misma y sigamos como los santos a Aquel que nos ha llamado” (B. P. Giustiniani)²⁰⁰.

b) Los hombres son seres solicitados por todas partes, viven sumergidos en el mundo entre opciones múltiples. Se entusiasman por tal: cosa y después quieren otra. Absolutizan tal valor y luego dan importancia a otro. Exaltan tal mística y poco después se dejan ir hacia la vida cómoda. Ocurre que se dejan llevar por corrientes de ideas, de modas, por las pasiones, por las impresiones sensibles, sin reflexionar más. Es que a menudo el criterio está influenciado por opiniones diversas y contradictorias. Muchas veces también el criterio y la voluntad dependen del estado de ánimo o de las relaciones con los demás. Hay muchos factores que intervienen en las determinaciones que toman los hombres. Como vemos, el hombre es un ser que puede sufrir las cosas, que puede dejarse llevar por ellas, pero también tiene la facultad de dominarlas, de orientarlas. Entre tantas opciones tiene que intervenir una que es fundamental y que orienta todas las demás.

Tomar a Cristo y al Evangelio como regla de vida significa discernir y valorizar el mensaje que transmiten. Para eso es preciso que el Evangelio sea leído, escuchado, meditado, estudiado, intercambiado y aceptado. La referencia perpetua al Evangelio nos ayuda a discernir poco a poco los valores fundamentales y los que son relativos. Seguir el Evangelio implica una elección entre estos valores. Es así que la pobreza, la castidad, la humildad, el desprendimiento, y todas las demás dimensiones de nuestra vida, antes de ser una actitud moral, son una elección de Alguien, son una valorización de Cristo. “No podemos servir a dos señores”.

Es pues normal que la contemplación de Cristo y de sus misterios ocupe un lugar preferencial en nuestra vida. Jesús nunca debe estar ante nosotros como un ser teórico o estático. Es una persona viva, “que nos mira y nos ama” (Mc 10,21) que se inclina hacia nosotros, nos habla, nos llama, nos interpela. Nos habla del misterio de Dios, de la vida trinitaria como de algo a lo que nos convida. Nos habla del amor de Dios por los hombres. Nos habla del amor entre los hombres, lo que debería ser este amor y lo que será efectivamente en la eternidad. Cristo es el que se muestra en el prójimo al que se ama y se sirve. Cristo es también el que nos pide tal sacrificio, tal acto de obediencia, tal desprendimiento, siempre algo concreto. Él nunca nos deja tranquilos, nunca nos da la sensación de haberlo alcanzado totalmente. Siempre nos pide una

¹⁹⁹ ERASMO, Carta del 14 de agosto de 1518 a Paul Volz, en *Revue Thomiste*, 1945, p. 545.

²⁰⁰ JEAN LECLERCQ, *La vie érémitique*, pp. 40-41.

superación más. De ahí que encontrar a Jesús es buscarlo sin cesar. Muchas veces Jesús es para nosotros un desconocido. Lo buscamos donde no está y pasamos junto a Él sin reconocerlo en la vida ordinaria, en los encuentros con los demás. Tener a Cristo en nuestra vida significa ponerlo en el centro de todo, escucharlo y responderle. Es así que el Evangelio se vuelve revelación de Dios, de su designio sobre nosotros. Es regla de vida porque nos indica cómo responder a Dios para que su designio se realice en nosotros.

La importancia que queremos dar a Cristo y a su mensaje nos lleva a abrazar un estilo de vida determinado. Se trata de que la enseñanza de Cristo se vuelva realidad en nuestra vida y que el Cristo histórico se vuelva actualidad en la vida cotidiana. Dicho de otra manera, la presencia viva de Cristo debe transformar nuestra vida como continuación de la suya. Intentamos pues imitar a Cristo y conformarnos a El lo mejor que podamos. Este anhelo de conformidad con Cristo nace del amor que El mismo ha depositado en nosotros en el bautismo.

c) Evangelio y observancias.

Ha ocurrido que algunos visitantes preguntasen acerca de nuestra manera de vivir, si la regla nos permite comer carne o no, si nos prohíbe hablar, si dormimos en un ataúd y otras cosas semejantes. Es que a menudo para la gente la vida religiosa consiste en prácticas y en observancias, como si ellas fuesen lo fundamental. Aún más, una persona me dijo un día que ella creía que eso es lo que caracteriza a los religiosos en la Iglesia. En el fondo no es más que una caricatura que revela la existencia de una mentalidad que acentúa y aún absolutiza las observancias. Hay que reconocer que en el pasado se ha presentado a veces la vida religiosa bajo este aspecto. Es importante que los mismos religiosos den una imagen más exacta de su vida.

El Evangelio pone el acento en la interrelación entre “Cristo-persona humana”, “Cristo-comunidad”. Jesús chocó con las autoridades judías al criticar su apego exagerado a los ritos y costumbres. Los judíos decían “no puede venir de Dios ese hombre pues no guarda el sábado” y Jesús respondía: “el sábado está hecho para el hombre y no el hombre para el sábado”. Si Jesús criticaba a los judíos por su manera de observar la ley, es que ésta se había tornado obstáculo para el verdadero amor a Dios y a los hombres. La ley se presentaba como la finalidad misma de la religión. Eso puede también ocurrir en un convento. No se trata de suprimir simple y llanamente toda clase de organización o disciplina. Sabemos que la vida común necesita un mínimo de organización, un horario, etc., y por lo tanto una dosis de responsabilidad, lo que nunca va sin ascesis personal. Esto no es un aspecto particular de los religiosos. La comunidad humana vive un ritmo definido: hay un plan de trabajo, una organización, una meta que seguir y eso en todas las empresas. Cada uno de los miembros debe esforzarse para entrar en el ritmo, cada uno tiene su tarea y así puede aportar algo para el bien común. En este aspecto hay muchos laicos que son ejemplos vivos de responsabilidad.

En nuestra comunidad hemos reducido la organización a lo esencial, de manera que no estorbe la búsqueda de Dios. Lo importante consiste en desarrollar la responsabilidad personal y ordenar toda la organización al fin que se persigue, es decir Cristo y la vida según el Evangelio. Por ese mismo hecho las observancias se relativizan y pueden ser cambiadas fácilmente puesto que no tienen ningún carácter sagrado. Si el fin no se logra, interviene una revisión en común y si es necesario se realizan cambios. Es cierto que hay días en que pesa el horario, el Oficio divino, la oración misma, el trabajo, etc. ... pero las causas en estos casos se encuentran muchas veces en nosotros mismos, en el estado de ánimo y otras múltiples razones más profundas. No es el momento de echar en seguida la culpa a la organización. Por el contrario, el horario y el resto de la vida comunitaria puede resultar una ayuda para expresar la fidelidad presente al Señor.

Hay otra tentación que nos acecha continuamente; no existe un modelo perfecto de vida evangélica. Es menester fomentarla e inventarla perpetuamente. Eso significa un esfuerzo

perpetuo de superación. Es un trabajo bastante molesto. Parece más fácil establecer normas de una vez para siempre y observarlas. Tranquiliza la conciencia el haber cumplido con lo prescrito y da una apariencia de paz. Actuar así es encerrar el Espíritu Santo en el molde de las normas, es “contristar al Espíritu Santo”, como dice san Pablo. El Espíritu Santo es Espíritu vivificador y renovador. El nos dice que la verdadera paz está en el Señor y en su búsqueda.

B. La vocación de la Fraternidad

Escuchemos lo que dice la Regla de vida: “Todos los fundadores de órdenes o congregaciones han querido seguir a Jesús, y todos han buscado ser generosamente fieles al Evangelio. Sin embargo, qué maravillosa diversidad en las realizaciones que les ha inspirado, esta luz única, el Espíritu de Dios, y que ellos han condensado en sus reglas. Es que la vida de Jesús, siendo una plenitud divina, no puede ser imitada en su totalidad por ningún hombre, por ningún grupo de hombres en el mundo. Sólo la Iglesia, su Cuerpo Místico, perpetúa a través del tiempo y del espacio, en su totalidad, la vida divinamente fecunda de su Jefe. En el Cuerpo Místico... cada miembro perpetúa a su manera un aspecto de la vida de Jesús. Las Iglesias perseguidas participan más profundamente en el misterio de su Pasión redentora. Las órdenes caritativas actualizan todavía su “paso haciendo el bien”. Las órdenes misioneras y de enseñanza perpetúan la Buena Nueva llevada a los pobres, etc. La Fraternidad de la Virgen de los Pobres, es Jesús continuando en la Iglesia su *vida escondida y laboriosa de Nazaret y su vida de penitencia y de oración en el desierto. Es esa su tarea única e irremplazable en el Cuerpo Místico*”²⁰¹.

Esa vocación es ante todo una vocación de miembro, no somos más que una célula en la Iglesia. Esto quiere decir que no *podemos a la vez ser todo, hacer todo y estar en todas partes*. Esto no significa aislarse de la Iglesia. Sino solamente reconocer que no podremos trabajar provechosamente para el cuerpo entero, si no aceptamos y respetamos nuestra limitación. Es importante que amemos nuestra vocación, pero es igualmente importante que la vivamos en la unidad eclesial.

a. Vida de Nazaret

Podemos imaginarnos un poco lo que era la vida de Nazaret: vida sencilla de un pequeño hogar, vida de amor, de trabajo, de humildad: vida oscura y ordinaria como la de todo el mundo.

Para Jesús ese género de vida no es una fatalidad, algo impuesto desde afuera y que hay que aceptar con resignación. Es un estado que Él ha elegido y que forma parte de su misión redentora.

La vida de Nazaret refleja fielmente la enseñanza del Evangelio y en particular las de las Bienaventuranzas. Sabemos que la enseñanza de Jesús está siempre relacionada con los comportamientos y las inclinaciones de los hombres. Si Jesús recomienda tanto el amor, la humildad, la pobreza es porque para la mayor parte de los hombres estas virtudes no significan mucho. Por lo general los hombres valorizan más lo que es grande, el prestigio, el dinero, todo el tener, el ser alguien. “En una ciudad hubo un casamiento de gente rica. Después de la ceremonia religiosa invitaron al sacerdote para el almuerzo de bodas. El aceptó. Cuando llegó a la casa de la boda le fueron presentados los invitados de la siguiente manera: señor X., propietario de tres haciendas, de dos aviones, de tres coches, de tantos millones en el Banco, de tanta servidumbre. De la misma manera fueron presentados uno tras otro los invitados”. Como vemos, lo que se aprecia no es tanto la persona como tal, sino las cifras, el haber. Una situación parecida, en la opinión pública. ¡Cuántos hay que sueñan con fortunas, con coches, con ropa elegante, con prestigio, etc...! En la publicidad de los diarios, de las revistas o de la televisión

²⁰¹ *Au coeur même de l'Eglise*, p. 25.

podemos reconocer, como en un espejo, la mentalidad mundana que anima a los hombres. No nos extrañemos entonces que entre los hombres y entre las naciones, haya tanto egoísmo, tanta injusticia, tanta prepotencia, puesto que cada cual aspira a tener más que el otro.

Al elegir la vida de Nazaret, Jesús toma un camino opuesto, el camino de la pequeñez, de la oscuridad. Es el famoso “último lugar” al cual aspiraba tanto Carlos de Foucauld desde que oyó la frase del sermón del Abate Houvelin: “Nuestro, Señor quiso tanto el último lugar que nadie se lo pudo quitar”²⁰². En ese sentido, la vida de Nazaret es para Jesús, ante todo lo que dice san Pablo. “Siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo, tomando condición de siervo... y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz” (*Flp* 2,6-8).

Jesús acepta tomar la condición del servidor del cual habló el profeta Isaías (cap. 53). Es la actitud opuesta a la de Adán que quiso igualarse a Dios. Con eso, Jesús quiso decirnos que la humildad, la pobreza, conducen al amor.

Sin embargo, como todos los hombres, Jesús conoció la tentación del mundo. En el desierto, el Maligno propuso a Jesús lucirse y mostrar sus capacidades; di que estas piedras se conviertan en panes” y desde arriba del templo le dijo: “tírate abajo”. Después le ofreció todos los reinos del mundo y su gloria. Jesús salió vencedor de la prueba. Pero en estas tentaciones contemplaba también, en el mundo entero y a través de todos los siglos, a hombres innumerables, entre ellos pastores de su Iglesia, religiosos y cristianos, que se dejarían seducir por los espejismos del Maligno y preferirían los prestigios del mundo a la humildad del siervo de Dios. “Preferían la gloria de los hombres a la gloria de Dios” (*Jn* 12).

Jesús ha trazado un camino: el que quiere ser discípulo tiene que tomar ese camino. Los primeros pasos nos conducen a la vida de Nazaret. Vida de Nazaret significa vida oculta, pobreza, trabajo, comunidad fraterna.

– Vida oculta: el servidor no es más que su Señor. El primer paso que tenemos que dar es bajar. El esfuerzo moral de humildad es un aspecto de la imitación de Cristo, pero no es el único. Cristo quiere también que bajemos abrazando una vida común y corriente, vida sencilla y oscura. Que la habitación sea semejante a la de los pobres, que nada llame la atención, que nada salga fuera de lo común. La vida oculta implica esa dimensión ordinaria de vida de la mayor parte de los hombres. Supone desapego a bienes, a títulos, a privilegios, a categorías sociales. El que desea pertenecer a Dios no se da importancia.

– Pobreza: abrazar libremente la pobreza significa dar la primacía al amor a Dios y al amor a los hermanos. Por lo tanto es encontrar el sentido último de la vida. Renunciar a las riquezas significa dejarse invadir por Dios y al mismo tiempo no sustraer a los demás lo que les pertenece. “Al hambriento pertenece el pan que tu retienes, al desnudo pertenece el vestido que guardas en tu armario”²⁰³. Al decir esto san Basilio hace alusión a toda clase de riquezas. Él quiere decir que acumular para sí mismo es sustraer a los demás. La pobreza libremente escogida es fuente de justicia y de paz. En los *Hechos de los Apóstoles* (2,44-45) la pobreza aparece como una manifestación de la caridad. “Cada uno vendía sus bienes y se repartía el precio entre todos”.

Los pobres son como una imagen de lo que debe ser la pobreza nuestra. La mayor parte del tiempo el pobre no puede dar cosas que no tiene. Su don consiste en ponerse a la disposición y al servicio de los demás. El monje debe ser un cristiano entregado, disponible. Queremos vivir, no solamente una pobreza personal, sino también comunitaria. Eso implica un número reducido de hermanos que no llegue a sobrepasar los cinco o seis.

²⁰² CH. DE FOUCAULD, *Oeuvres spirituelles. Anthologie*, p. 26.

²⁰³ HAMMAN, *Riches et pauvres dans l’Eglise ancienne*.

– *Trabajo*: el trabajo está vinculado a la condición humana. Como monjes no debemos rehuir este deber. El trabajo es una colaboración a la obra creadora de Dios. Nos hace solidarios con todos los que trabajan para transformar el mundo. Cristo mismo ha querido tomar parte en esta obra de los hombres. Como pecadores tenemos que aceptar lo que hay de penoso en el trabajo: “con el sudor de tu frente comerás el pan”. El trabajo nos permite ganarnos la vida y forma parte de nuestra condición de pobres ante Dios. Además el trabajo es un medio para practicar la caridad. En nuestra Fraternidad, es el medio más corriente para ayudar a los demás. Preferimos el trabajo asalariado por diversos motivos: para compartir la condición de la mayor parte de los hombres de hoy; porque nos permite guardar un *standard* de vida modesto; porque deja más libertad para la búsqueda de Dios. La preferencia del trabajo asalariado no significa menosprecio por el trabajo en la casa, que debe hacerse también: cocina, huerta, limpieza.

– *Vida fraternal*: “Lo que hace de la Fraternidad un cuerpo cuyos miembros son solidarios y orgánicamente vinculados los unos a los otros es la comunión de todos al Cuerpo eucarístico de Cristo. Puesto que la Eucaristía congrega a todos los hombres en la unidad del amor de Cristo, es ella quien congrega a todos los hermanos en la unidad de un mismo Cuerpo y los hace miembros los unos de los otros. Es así que la comunión eucarística se completa y se dilata en la comunión fraternal, que a lo largo del día se torna en fracción del pan de la caridad fraterna”²⁰⁴.

El amor fraternal cristiano no es únicamente el resultado de la afectividad, de los sentimientos humanos. Ni exclusivamente de la comprensión, de afinidades entre personas o del sentirse de acuerdo sobre una multitud de cosas. Son factores humanos que hay que tomar en cuenta, pero en el amor cristiano hay algo más. Ese algo más viene de Dios. El texto citado más arriba nos muestra que la Eucaristía tiene el poder de congregar en un mismo amor a todos los hombres que la reciben. Es decir que la vida fraternal cristiana deriva de Dios y de Jesucristo. Para nosotros significa reconocer esa base común y recurrir a ella como a una fuente. La verdadera hermandad cristiana parte de la confesión del mismo Dios y Padre, en Cristo redentor y en el Espíritu de amor. Ernesto Cardenal decía: “El Verbo de Dios se encarnó por amor a nosotros y por amor al Padre, para amar en nosotros al Padre, para que Dios ame a Dios en millones de almas y millones de vidas”²⁰⁵. Además sabemos que el amor fraternal es la característica de la ciudad eterna hacia la cual caminamos. “La fe, la esperanza, las obras pasarán, el amor permanecerá” (1 Co 13). La ciudad eterna está como inaugurada desde aquí abajo en el amor a Cristo y a los hermanos.

El amor fraternal se expresa a través de toda la vida, de todas las ocupaciones. Pero hay momentos de comunión más intensa, como son las reuniones fraternales, los intercambios, las revisiones de vida. El número reducido de hermanos exige una vida fraternal más profunda, para no ser simplemente individuos yuxtapuestos. La oración es una comunicación con Dios. La reunión fraternal es una comunicación con los hermanos. Cada uno viene con su riqueza y con su pobreza. Cada uno viene para dar y para recibir. A través de esa reciprocidad nos sentimos en comunión los unos con los otros. A través del diálogo, Dios nos habla, nos orienta, nos anima.

Normalmente hacemos tres reuniones por semana, las cuales terminan en una ojeada a lo que ha pasado en el día. De vez en cuando hacemos una revisión de vida sobre un punto determinado. Todas las reuniones no son un éxito. Creer que se puede hacer siempre reuniones interesantes y acertadas, es hacerse ilusiones. Pero hay siempre algo positivo, aunque fuese solamente habernos reunido y haber hecho un esfuerzo en común.

b. Vida del desierto

²⁰⁴ *Au coeur même de l'Église*, p. 153.

²⁰⁵ ERNESTO CARDENAL, *Vida en el amor*, p. 48.

Vida del desierto significa vida dedicada a Dios, vida para Dios. El recogimiento, el silencio, la contemplación, la oración, la conversión son indudablemente aspectos de una vida enteramente dedicada a Dios, a sus alabanzas, a su amor. Pero eso supone una transformación del hombre. Por eso, esa vida para Dios se presenta como un camino hacia El, un nuevo éxodo. Jesús es el guía que nos ha llamado a seguirle. El mismo se ha propuesto como el camino que debemos seguir si queremos llegar hasta Dios. Toda su vida estaba orientada hacia el retorno al Padre. “Salí del Padre y vine al mundo, ahora dejo el mundo y vuelvo al Padre” (Jn 16,28).

El retorno al Padre, que es la entrada en su gloria, pasó por el Calvario, la Cruz y la Muerte. La Pasión de Cristo es el paso supremo del conjunto de su actividad y termina con el triunfo, la resurrección. Cristo mismo ha comparado esta hora a la de los dolores de la mujer que señala la manifestación de una nueva vida (Jn 16,21). Es el misterio Pascual, misterio de muerte y de vida, de vida por la muerte, de resurrección por la cruz. Es el misterio del bautismo que nos hace morir al pecado y vivir para Dios (Rm 8,10). Si el bautismo nos ha lavado del pecado, él no ha suprimido la inclinación al pecado, de ahí que la muerte debe ser una muerte de cada día, para renacer también cada día a la vida de Dios. Así se explica que la vida del desierto sea la realización continua de la vida bautismal, es decir, participación en la obra redentora de Cristo, transformación en Cristo para ser “alabanza de su gloria” (Ef 1,12).

– *Desierto, lugar de peregrinación*: Geográficamente no vivimos en un desierto. Además no queremos idealizar demasiado el desierto. En la Biblia éste no es lugar para establecerse, es solamente un lugar de paso para llegar a la tierra prometida. “No tenemos ciudad permanente aquí abajo, sino que andamos buscando la del futuro” (Hb 13,14). La vida entera está dominada por la visión de la meta, del cumplimiento final del desierto de Dios. El camino es Jesús mismo, y su palabra “sígueme” nos pone en marcha. Caminar hacia el cumplimiento final, seguir a Jesús, significa ante todo “salir”, “partir”, “dejarlo todo” (Gn 12,1; Lc 14,33; Mt 10,37), “sin mirar atrás” (Lc 9,27), los ojos puestos en el Señor y “correr hacia adelante” (Flp 3,13-14; 1 Co 9,26). El primer paso en el desierto está marcado por el desprendimiento, “si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo...” (Mc 8,34). El monje se desprende para no ser retenido por nada en su carrera hacia Dios. Después, en su marcha, el monje no debe detenerse y si se detiene, es para luego emprender una nueva etapa. “Lo que más me ha llamado la atención en Jesús es esa consigna de ir siempre hacia adelante. De tal modo que podría decirse que el elemento estable del cristianismo es la orden de no detenerse jamás”²⁰⁶. Esa peregrinación implica el reconocimiento de situaciones nuevas, de cambios, de evoluciones y por consiguiente de una adaptación adecuada. El monje no es un ser inmóvil, instalado. Cristo lo llama sin cesar a una superación.

En otra dimensión, esa peregrinación se identifica con la búsqueda de Dios. El salmista compara el alma a una tierra seca, que tiene sed de Dios.: “Dios, tú mi Dios, yo te busco, sed de ti tiene mi alma, en pos de ti languidece mi carne, cual tierra seca, agotada, sin agua” (Sal 62; Sal 41; Sal 83). Como la peregrinación, la búsqueda de Dios es algo que nunca se acaba. “Todos somos compañeros de un viaje hacia algo que es mayor que nosotros. Somos la compañía de los buscadores de Dios. Y Dios jamás podrá ser agotado por la búsqueda de ningún hombre: de ningún clérigo, de ningún teólogo, de ningún papa, de la misma Iglesia... Dios es siempre mayor”²⁰⁷.

Sin embargo esa búsqueda de Dios no ha nacido del hombre, es solamente una respuesta a una iniciativa de Dios. “Nadie puede venir a mí, si el Padre no lo atrae” (Jn 6,44); “el corazón de Dios no puede descansar hasta que la creación entera, como el hijo pródigo regrese a su seno. Somos objeto de una infinita nostalgia de parte del Padre, y el Espíritu Santo es un suspiro de esa nostalgia”²⁰⁸.

²⁰⁶ BERGSON, citado en *Corresponsabilidad en la Iglesia de hoy*, por el Card. Suenens, p. 13.

²⁰⁷ J. M. GONZÁLEZ RUIZ, *Crear es comprometerse*, p. 9.

²⁰⁸ ERNESTO CARDENAL, *Vida en el amor*.

– *De la soledad a la comunión*: El desierto es un lugar solitario donde nadie se establece. Después del bautismo Jesús fue impulsado por el espíritu al desierto. Durante su vida pública, El se retiraba a menudo a lugares solitarios, sea para orar a solas con su Padre, sea para vencer al demonio, sea ante la incomprensión de los hombres, que bajo un impulso emocional quisieron proclamarle rey, o no quisieron recibir su mensaje. Finalmente Jesús conoció la soledad del rechazo. Es la soledad de Getsemaní y de la cruz. Pero en la soledad, haya sido física o moral, Jesús está siempre unido al Padre: “me dejaréis solo, pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo” (Jn 16,32). Para Jesús la soledad está siempre habitada por la presencia del Padre y dominada por el deseo de unir los hombres a Dios. Al retirarse a la soledad Jesús no se separaba de los hombres, por el contrario, en la soledad, El quiso asumir mejor el destino de ellos. Las estadias de Jesús en la soledad, su soledad espiritual, se relacionan siempre con el misterio de la soledad del hombre. Dios ha creado al hombre como un ser de relación, para vivir en comunión con él. El pecado ha quebrado esa comunión porque el hombre ha querido seguir su propio camino. Desde entonces el hombre experimenta la soledad, la ruptura de la comunión con Dios y con los demás hombres. Es como una oveja perdida, errando por todas partes. “Ese mundo terrestre objetivo de la sociedad humana es un mundo de separación y de soledad, a pesar de todas las realizaciones comunitarias, pues es un mundo de pecado”²⁰⁹. Hoy día la experiencia de la soledad como separación es una realidad y manifiesta la consecuencia del pecado del cual sufre la humanidad. He aquí un testimonio entre mil “morimos por no encontrar más hermanos, amigos, que nos escuchen y respetándonos infinitamente, nos permitan hacer brotar en nosotros la palabra de nuestra vida. De la ayuda, a veces intempestiva, pero existente, que hemos recibido de la sociedad y de la familia, a la cual pertenecíamos, hemos pasado a la ausencia completa de ayuda, a nuestra soledad. De ahí esta sed de encontrar lugares humanos a los cuales referirse para no estar solo, para romper el desierto de la soledad y reencontrar el camino de una fuente, donde uno pueda dar y recibir. Eso es demasiado conocido para insistir más”²¹⁰.

Como vemos, la soledad como separación es mala. ¡Cuántas veces en la Biblia se ve el pueblo infiel abandonado a su soledad, por Dios de quien se había apartado! Al hacerse hombre, Jesús ha venido a reanudar la comunión con los hombres. Al retirarse a la soledad, Jesús ha asumido la soledad de los hombres y la ha transformado en comunión con Dios.

La vocación a la soledad es una vocación a la comunión. Los monjes no buscan la soledad para gozar de tranquilidad, sino para unirse a Dios. Dios mismo atrae hacia la soledad para hablar al corazón (Os 2,16). La soledad es como un medio necesario para encontrar la unión con Dios. “Es necesario pasar por el desierto y vivir allí para recibir la gracia de Dios. Es allí donde se expulsa de sí todo lo que no es de Dios. Es necesario al alma ese silencio, recogimiento, ese olvido de todo lo creado en medio de lo cual Dios establece en ella su reino y forma en ella el espíritu interior, la vida íntima con Él, la conversación con Él en la fe. Más tarde el alma producirá los frutos en la medida exacta en que el hombre interior se habrá formado en ella. Si esta vida interior es nula habrá celo, buenas intenciones, mucho trabajo, pero los frutos serán nulos, es un manantial que quisiera dar la santidad a los demás, pero no puede porque le falta Dios”²¹¹.

La soledad significa para los monjes tomar distancia con respecto a la vida mundana que se opone a la unión con Dios, que separa de Él. “Para nosotros la soledad, no consiste en ser algo más que otros hombres. Los que no pueden estar solos no son capaces de encontrar su verdadero ser, y son siempre algo menos que sí mismos. Para nosotros, la soledad significa el abandono de un modo de ser ficticio y artificial, que los hombres, divididos por el pecado original, se han creado para adaptarse a la concupiscencia y la muerte. Pero por este mismo

²⁰⁹ DE LUBAC, *Le drame de l'humanisme athée*, p. 403.

²¹⁰ MADELEINE LEPAGE, en *La Vie Spirituelle*, julio-agosto, 1972, n. 591.

²¹¹ CH. DE FOUCAULD, *Escritos espirituales*, p. 133.

hecho, el solitario se encuentra a la altura de una sociedad espiritual: la ciudad de aquellos que han llegado a ser lo bastante sinceros para reconocer y glorificar a Dios, es decir, la vida en las fauces de la muerte. La soledad y la sociedad se forman y se perfeccionan en el sacrificio de la Misa²¹². En la soledad los monjes quieren vivir esa dimensión del misterio pascual por el cual Cristo reconcilió a los hombres con Dios y a los hombres entre ellos. La soledad monástica, en la cual está incluido el silencio, la conversión, la oración, se explica por ser un camino que conduce a la comunión con Dios y con los demás hombres y por la urgencia en que se encuentran hoy día los hombres de encontrar ese camino.

– *Conversión*: Al regresar del desierto Jesús empezó a predicar. “El tiempo está cumplido y el Reino de Dios está cerca, convertíos y creed en la Buena Nueva” (Mc 1,15).

Jesús predica la conversión. Por conversión debemos entender dos aspectos, dos movimientos.

1. *El arrepentimiento*, es decir el volver a Dios después del pecado. Sabemos que “tanto amó Dios al mundo que le dio su Hijo único” (Jn 3,16). En el don de su Hijo, Dios nos dio la prueba más grande de su amor. Por su parte, Jesús dio siempre a su Padre una respuesta fiel, nunca se apartó de Él, a pesar de haber conocido las tentaciones, como todos los hombres. No ocurre así con nosotros. Jamás podremos dar a Dios, como su Hijo, una prueba perfecta de amor, de nuestra fidelidad a Él. “El justo cae siete veces al día”. Fallamos en nuestra fidelidad a Dios, pero nos queda la conversión como prueba de amor. Es así que de conversión en conversión podemos ser transformados poco a poco por Cristo y llegar, en Él, a una conformidad filial en su amor al Padre.

2. *Abrazar una vida nueva*, es decir dar pasos hacia adelante, tema que se ha tocado un poco al hablar de la peregrinación.

Sabemos que los israelitas después de su liberación de Egipto, a medida que penetraban en el desierto, tuvieron que enfrentar situaciones nuevas y dificultades que antes no conocían. Ellos se pusieron a murmurar, a rebelarse y quisieron volver atrás. Por su actitud obstaculizaron la vida nueva que Dios les proponía. Todavía tenían el espíritu de esclavitud.

Cuando Jesús llegó y predicó la buena nueva del Reino de Dios los dirigentes del judaísmo lo rechazaron. Su religión era fija y no cabía en ella ninguna novedad. La conversión que Jesús proponía consistía en abrirse y en dar un paso hacia adelante. Los judíos se cerraron. Era también el intento de san Pablo en sus discusiones con los judíos sobre la circuncisión y las observancias de la ley. Como vemos es una conversión cuya realización es difícil, puesto que supone un cambio de mentalidad, una superación continua. “El Evangelio propone al hombre – como deber imperativo – una superación de sí mismo. Y esta superación no consiste en exaltar o exacerbar lo que ya está viviendo, sino en una trascendencia que pasa por una renuncia, un proceso de desprendimiento para subir hacia una penetración más profunda de Dios. La vida está marcada por una serie discontinua de algunas conversiones: es lo que se llama en la Biblia la pedagogía divina. Sus tres fuerzas son los acontecimientos históricos, el llamado interior y el Evangelio de Jesucristo. Dios conduce al hombre por diversas etapas, alternando los tiempos de conversión y los tiempos de maduración”²¹³.

Con el Concilio empezó una nueva etapa de superación: es como un nuevo anuncio del Evangelio para hacer progresar a los cristianos en el conocimiento de Dios y en su servicio. Pablo VI presenta el Concilio como un punto de partida y por lo mismo indica que se debe ir más allá. “Los decretos conciliares más que una meta son el punto de partida de un nuevo camino. Todavía es necesario que la fuerza y el soplo saludable del Concilio penetren en lo profundo de la vida de la Iglesia, renovándola. Es preciso que los gérmenes de vida, sembrados

²¹² THOMAS MERTON, *El signo de Jonás*, ed. Círculo Literario Chileno, p. 240.

²¹³ J. COMBLIN, “La evangelización como negativa y profecía”, en *Salvación y construcción del mundo*, p. 141.

por el Concilio en la tierra de la Iglesia, lleguen a su madurez”²¹⁴.

Hay como una vida nueva en gestación sin que se sepa todavía lo que ella va a ser. De ahí una cierta inseguridad y un desconcierto entre los cristianos y religiosos, acompañado de la tentación de volver a lo antiguo. Es un tiempo de búsqueda, de aventura en la fe.

Desde el comienzo, la Fraternidad ha sido definida como una “búsqueda monástica”. Esa definición contiene la conversión a los nuevos llamados de Dios. Por eso no debemos limitar esa conversión a algunas reformas de ritos o de costumbres. Esa conversión abarca una renovación total y en particular una actitud de fe en Dios que nos conduce por caminos desconocidos. En efecto, no sabemos lo que el porvenir nos reserva, ignoramos los acontecimientos futuros y los sacrificios que nos pedirán pero la fe nos dice que todo sirve para acercarnos a Dios. “Ese Dios siempre mayor, si en ciertas épocas ha sido posible reducirlo a fórmulas fijas y permanentes, hoy día ya no es posible ante la aceleración de la Historia. Ante este cambio total de la evolución que nos ha tocado vivir, nos vemos obligados precisamente a aumentar el volumen de nuestra fe, a creer en un Dios todavía mayor, todavía más grande, todavía más sorprendente, todavía más desconcertante”²¹⁵.

– *Oración*: “La oración es tu deber esencial, la tarea principal de la cual eres responsable en la Iglesia. La Iglesia espera que ores, que ores sin cesar y que ores lo mejor posible. Si no cumples con esa tarea que ella te confía, nadie lo hará en lugar de ti”²¹⁶. “Si Dios conduce a su pueblo por el desierto y lo purifica, es finalmente para hablarle en el secreto del corazón” (*Ex* 34). “Si Elías camina a través del desierto durante cuarenta días, es para oír la Palabra de Dios (*I R* 19). Si Juan Bautista se retira a la soledad, es para esperar en la oración y en la penitencia la venida del Esposo, su Amigo (*Jn* 3,29; *Lc* 11,1). Si Jesús pasa noches enteras solo en la montaña, es para orar a su Padre por la redención del mundo.

Nadie oró como Jesús. Su oración es la expresión de todo su ser, puesto que por naturaleza, está enteramente vuelto hacia el Padre”²¹⁷.

La oración ocupa un lugar importante en nuestra vida. Nos reunimos cuatro veces al día para el Oficio Divino, cantado en gran parte. Cada tarde, a las 18 horas, nos encontramos otra vez alrededor del altar para la celebración de la Eucaristía. Además cada uno es fiel a su hora de encuentro personal con el Señor.

La oración, ya sea litúrgica o personal, significa “Dios en primer lugar”²¹⁸.

Hay una sola verdadera oración, la de Cristo. Nuestra oración es la de Cristo en nosotros y la acción del Espíritu Santo.

La oración de Cristo expresa el retorno al Padre con la humanidad redimida. En ese sentido la oración para nosotros es la unión con Dios, es decir la coronación del misterio pascual.

Cristo es la cabeza del cuerpo que es la Iglesia. Su oración es la de toda la Iglesia. Por lo tanto, nuestra oración es también la de la Iglesia, por Ella y por la humanidad entera.

La oración nos compromete a vivir el misterio total de Cristo. Ella es contemplación del misterio del amor de Dios y por lo tanto es fuente de amor por todos los hombres. La oración es una esperanza de las realidades futuras.

²¹⁴ PABLO VI, Carta del 21 de diciembre de 1966.

²¹⁵ J. M. GONZÁLEZ RUIZ, *Crear es comprometerse*, p. 59.

²¹⁶ *Au coeur même de l'Eglise*, p. 109.

²¹⁷ *Ibid.*, p. 124.

²¹⁸ PABLO VI, *Discurso* del 4 de diciembre de 1963.

II. EN EL CORAZÓN DE LA IGLESIA Y DEL MUNDO

La vida de la Fraternidad, aunque enteramente dedicada a Dios, está sin embargo orientada hacia los hombres. Y eso le viene de su amor por Dios. Es que el primer mandamiento no puede separarse del segundo. A medida que crece el amor a Dios crece también el amor a los hombres. Por lo tanto existir para Dios significa existir para los hombres.

En pos de Carlos de Foucauld “queremos proclamar el Evangelio con toda nuestra vida”. Hemos hecho también nuestra la vocación de santa Teresita “en el corazón de la Iglesia seré el Amor”. Para Thomas Merton el monje descubre su propia identidad solamente al cumplir su misión con respecto al mundo “la identidad del monje no es algo que se logra viviendo en un puro vacío de soledad, ante el rostro de Dios, sino que debe ser la consecuencia de su relación con la sociedad, a la vez, negativamente, su renuncia al mundo, y positivamente, su amor para con el mundo, que no es sólo un rezar por el mundo, sino un entrar en alguna clase de diálogo con él”²¹⁹.

a) De eso se desprende que nuestra vocación contemplativa tiene su dimensión apostólica y humana. La vida contemplativa no es una vida aparte o fuera del mundo. Vivimos el hoy de la Iglesia y el hoy de los hombres. Pero es importante que sepamos preguntarnos en qué consiste nuestra misión en el mundo de hoy. ¿Cuál es el mensaje que el monje entrega a los hombres de hoy? No existen respuestas hechas de ante mano. Hay que descubrirlas a la luz de la gracia y de los acontecimientos. Además hay que recogerlas por todas partes como espigas desparramadas por todo el campo.

Gaudium et Spes ha expuesto la situación del hombre en el mundo de hoy, sus interrogantes, sus problemas. Otros autores han analizado más detalladamente las características y las orientaciones de nuestro mundo en progreso, en esperanza y en crisis, a la vez. El mundo actual está preocupado de sí mismo. Él quiere construir el hombre nuevo, la sociedad humana, la ciudad terrestre. El mundo organiza, planifica, prevé. Está completamente vuelto hacia sí mismo. Por lo general, Dios está excluido y ausente en esta tarea emprendida por los hombres. Los hombres no le dejan lugar a Dios.

En este mundo que desconoce a Dios, es normal que los cristianos y con mayor razón los religiosos y los monjes, sean testigos de Dios, de Jesucristo que ha vivido con los hombres y que les ha anunciado la Buena Nueva del Reino de Dios. La Iglesia debe ante todo recordar a los hombres que el mundo no se basta a sí mismo, que más allá del mundo está Dios, que Dios es nuestra vida. J. F. Six, en su introducción a nuestra Regla de vida, nos exhorta a anunciar, con los misioneros, lo mismo que ellos. “Lo que la Iglesia exige de vosotros y lo que vuestros hermanos misioneros, especialmente os piden, con insistencia es lo siguiente: mostradnos el Padre, que es la meta decisiva, no ceséis de recordárnoslo. Sí, para descubrir su destino, el mundo y los hombres necesitan de monjes y de misioneros, inseparablemente unidos, de monjes y de misioneros que juntos en la unidad expresan a la vez la meta final y las realizaciones en la historia, la eternidad y el tiempo. No como entidades separadas, sino como realidades entremezcladas, así como Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, Hijo de Dios y primogénito de la nueva humanidad divinizada”²²⁰.

En ese sentido el papel de los monjes es importante en la Iglesia porque existe la tentación para los misioneros de olvidar lo que deben anunciar, de reducir la realización misionera a la construcción por la carne y la sangre, del mundo humano trocando así el destino total de la humanidad”²²¹.

²¹⁹ *Cuadernos Monásticos*, n. 11, p. 109.

²²⁰ *Au coeur même de l'Église*, Introduction.

²²¹ *Ibid.*

No se trata de dejar de lado la construcción del mundo humano, ella forma parte del Plan de Dios. Como hombres, miembros de la comunidad humana, los misioneros y los monjes tienen que aportar su grano de arena a esta construcción. El cristianismo no es un espiritualismo abstracto. Pero no debemos caer en la trampa de querer solamente realizar el destino terrestre, dejando de lado el destino eterno.

El testimonio del Dios de la escatología toma verdaderamente valor si somos también signos del Dios que ama a los hombres, del Dios de la justicia, del Dios que ha enviado a su hijo al mundo para librarlo y salvarlo, del Dios de la paz.

La vida de Nazaret, tal como la hemos descrito más arriba, significa una presencia entre los pobres. Es el testimonio de amor que Jesucristo mismo ha dado a los pobres al abrazar su condición de vida, al compartir sus trabajos y sus penas. Ese es el testimonio de amor que El nos pide continuar. Pero la vida de Nazaret consiste también en no apegar su corazón al dinero, a la fama, etc., “donde uno tiene su corazón allá está su Dios”. Insistimos sobre la valorización de las relaciones humanas. A nuestros huéspedes, por ejemplo, no podemos ofrecer las comodidades del mundo moderno, pero sí el calor de nuestra acogida fraternal. La vida de Nazaret nos coloca entre los pobres y por consiguiente puede revestir para algunos un carácter de protesta. Esta vida escogida libremente es como un llamado a la justicia, a la fraternidad humana. Thomas Merton consideraba que “el monje forma parte de los verdaderos contestatarios que se levantan contra la injusticia y la inhumanidad, y de todos los que sufren injustamente de parte de las instituciones. El hecho de adoptar una forma de vida que es esencialmente no-reinvidicativa, no-violenta, una vida de humildad y de paz, constituye en sí una manifestación de su misión... Quiero hacer de mi vida entera un rechazo, una protesta contra los crímenes de la guerra y de la tiranía política”²²².

Por la vida del desierto vivimos el misterio Pascual, es decir el misterio de la liberación de los hombres. Los monjes deben proponer la liberación total del hombre, la liberación del pecado que está en la raíz de todos los males. Significa para el monje tomar una cierta distancia con respecto al mundo y librarse de su servidumbre, Thomas Merton decía que “el monje se retira deliberadamente al margen de la sociedad con el fin de profundizar las experiencias humanas fundamentales”, y añadía: “el hombre solitario que ha llegado a su propia identidad espiritual, hace a la humanidad el inestimable favor de recordarle su verdadera capacidad para la madurez, la libertad y la paz”²²³.

b) La manera de “proclamar a Dios” es diferente para nosotros que para los misioneros. “Recordadnos a Dios por el silencio de vuestras existencias y por lo absoluto y lo serio de vuestra donación a Dios, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo. Y manifestad la gran familia del Padre por vuestra vida fraterna, por una vida monástica sencilla, alegre y ordinaria, por vuestra humanidad, es decir vuestra verdadera ternura hacia los hombres y vuestra autenticidad de hombres”²²⁴. Es anunciar a Jesús con la vida. “A las almas, a todas aquellas que me poseen y viven escondidas, pero que no han recibido misión de predicar, les digo, trabajad por la santificación del mundo, predicando no con la boca, sino con el ejemplo”²²⁵. El solo hecho de buscar a Dios, de vivir conforme al Evangelio, es una predicación. “El Señor quiere que seamos nosotros mismos, y que hagamos transparentes el fondo de nuestro corazón y la realidad de nuestra vida, sin fariseísmo ni falso pudor”²²⁶.

Para que el testimonio sea auténtico, que suscite interrogantes e inquietudes entre los hombres, es preciso que sea siempre precedido por una mirada sobre nosotros mismos. J. F. Six nos invita

²²² JOHN EUDES BAMBERGER, “Qui fut Thomas Merton?”, en *La Vie Spirituelle*, noviembre 1969.

²²³ *Ibid.*

²²⁴ *Au coeur même de l'Eglise*, Introduction.

²²⁵ CH. DE FOUCAULD, *Escritos espirituales*, p. 99.

²²⁶ *Au coeur même de l'Eglise*, Introduction.

a esta reflexión personal. “Es preciso que os preguntéis a vosotros mismos si vuestra existencia, tal como es, en tal monasterio, en tal priorato, en tal ermita, escandaliza con vigor y verdad como la Cruz de Cristo –por lo tanto choca– o más bien irrita como un fruto seco, tal como la higuera del Evangelio. El Dios solo de vuestra vida ¿está vivido por vosotros con la intensidad de la fe que os vuelve luz en el monte para el mundo? ¿O es un refugio escondido que acaparáis para vosotros solos, impidiendo el acceso a los demás?”²²⁷. Poner en tela de juicio nuestro modo de vivir es una condición necesaria para que nuestra vida se torne generosa y entregada. Solamente así podemos proclamar a “Dios” al mundo y ser una continuación de la presencia de Jesús entre los hombres.

III. MARÍA EN NUESTRA VIDA

a) La Biblia nos enseña que hace siglos Dios se había escogido un pueblo para servirle y ser su testigo ante las naciones. A esta elección se vinculaba la “bendición de todas las naciones de la tierra” (*Gn* 12,3) por intermedio de Israel. Sión, la ciudad santa, era el símbolo de esta elección y bendición. Ella era como una ilustración del don de Dios a los hombres. Hija de Sión por excelencia (*So* 3,14) llena de gracia, María resume y realiza con perfección esta esperanza secular. En ella se concentra la realización de todas las promesas divinas.

La perfección en la situación más ordinaria y más común, tal es la lección que sacamos, a través del Evangelio, de la Virgen de Nazaret. Toda ella es deseo de Dios. Ven, Señor.

Como María, en la fe, queremos vivir esa fidelidad silenciosa a la Palabra divina en el curso de los acontecimientos, como ella queremos ser deseo de Dios, de la venida de su reino en este mundo. Eso requiere la acción de recibir la Palabra divina, meditarla y guardarla en el corazón. Es el preludio del don perfecto de Dios.

b) La elección divina es el fruto del amor, es el paso de Dios que siempre ama primero (*I Jn* 4,19). La elección divina se dirige a Israel como a una virgen (*Is* 62,5) con quien Dios quiere desposarse (*Os* 3,21). A lo largo de la historia de Israel los profetas denuncian el fracaso del intento de Dios, a causa de la dureza de corazón de los elegidos. Pero al mismo tiempo los profetas reconocen la fidelidad de un “pequeño resto” los pobres de Yahvé. En María culmina y se concentra la respuesta a las nupcias propuestas. Ella es la Virgen Esposa, es decir libre de toda amarra y disponible para el Esposo divino.

Nuestra consagración a Dios, la cual incluye el celibato, el cumplimiento de la voluntad divina y la disponibilidad por el desapego a las cosas, quiere ser una respuesta a la gracia divina, al ofrecimiento que Dios nos hace de unirse a nosotros. Por esta consagración queremos también decir a Dios primero, y a los hombres después, que el Esposo ocupa todo el lugar en el corazón, que todo está iluminado, en lo cotidiano, por su presencia amante que todo lo emprendemos por Él y que todo lo esperamos de Él.

c) Estas nupcias entre Dios y el hombre no se limitan a ser de corazón a corazón: la unión es fecunda. “Dichosos los que oyen la Palabra, la acogen y dan fruto”. En María se cumple perfectamente lo dicho por el Señor. Esposa Virgen, ella engendra el hijo de Dios. “Hágase en mí según tu Palabra”. La fecundidad no es solamente física en María, por ella Cristo asocia a su Madre en la salvación de los hombres. La fecundidad de María es una fecundidad comprometida que la conduce como a Jesús, hasta el calvario. De allá brotará la vida nueva para los hombres.

La suprema fecundidad del cristiano se encuentra en la intimidad con el Señor. Esa unión engendra una vida nueva e impulsa a comprometerse en la obra redentora, para que todos los

²²⁷ *Ibid.*

hombres dejen de ser esclavos de los deseos de la carne y de los caprichos del mundo, y puedan vivir, según el Espíritu, en la alegría de los hijos de Dios.

d) “Dios os visitará sin falta” (*Gn 50,25*). En la Biblia la visita de Dios a los hombres está siempre relacionada con la liberación. María, portadora del Mesías, cumple la promesa divina. La visita a su prima Isabel es el anuncio de la llegada del Reino de Dios, de la liberación de los hombres. Así lo canta la Virgen en el *Magnificat* y después de ella, Zacarías: “Bendito sea el Señor que ha visitado y redimido a su pueblo”.

Reconocer el tiempo de la visita del Señor (*Lc 19,43*) es lo que el gesto de María nos propone. “Estoy a la puerta y llamo” (*Ap 3,20*). “A todos los que lo reciben, les da el poder de hacerse hijos de Dios” (*Jn 1,12*). La visita de Dios en la persona de Jesús no tiene nada de extraordinario, de fulgurante. La liberación que ofrece significa abrazar la humildad, la obediencia a Dios, el amor fraternal. Acoger a Jesús significa aceptar ese camino que nos conducirá a la plena libertad de los hijos de Dios.

e) La Virgen María, Hija, Esposa y Madre de Dios, es a la vez como fuente para toda la Iglesia, y también como prototipo del nuevo pueblo de Dios.

Por eso la Iglesia venera en ella a su protectora y su modelo.

La Iglesia no es otra cosa que la comunidad de los creyentes. Por lo tanto el papel de María es el mismo que el de todos los cristianos. En ella encuentran el modelo acabado de las relaciones que quieren tener con Dios y con los hombres.

Como consagrados al Señor, queremos tomar en cuenta especialmente ese papel de María. Si nuestra Fraternidad ha querido colocarse bajo la señal de María, es porque reconoció que, en su pequeñez, Dios ha realizado cosas grandes en ella. Y es también porque su relación con Dios y con los hombres, se ilumina y se fortalece por su ejemplo y su poder de intercesión.

La agregación “Virgen de los Pobres” implica una preferencia por los pobres, de entre los cuales surgió la Virgen de Nazaret, y por todos los que quieren ser pobres de corazón, y esperan la salvación del Señor.

*Fraternidad de la Virgen de los Pobres
Talca (Chile)*